

## La mujer que nunca existió

*La mujer que nunca existió* pensaba que la violencia y la desigualdad de género no siempre dolían como un golpe. A veces dolían como una vida entera vivida en silencio. Como una voz que aprende a hablar bajito. Como una mujer que duda de sí misma antes que del mundo.

Ella hacía poesía para no romperse. La poesía nunca fue un lujo: fue supervivencia. Un lugar donde podía existir sin pedir permiso. Escribió en un mundo que no escucha a las mujeres, pero sí las juzga. Un mundo que desconfía de su palabra, de su memoria, de su experiencia.

Escribió libros enteros que nadie leyó. Y cuando por fin se atrevió a mostrarlos, no solo le cuestionaron el contenido, sino también la autoría. Que una mujer no escribe ni siente así. Su dolor, su inteligencia y su voz eran puestos en duda. En reuniones le interrumpían; en correos le “sugerían” correcciones que no había pedido. Le dijeron incluso que parecía escrito por una máquina, como si una mujer no pudiera producir profundidad de manera autónoma.

Ahí entendió que nunca existió. Porque para *el mundo de los hombres*, ella no era autora: su voz no era voz. Y aunque le hicieron dudar, tenía una certeza absoluta: vivía en un mundo que invisibiliza la voz femenina.

Su opinión rara vez bastaba por sí sola. Siempre aparecía un hombre dispuesto a corregirla, explicarle o completarla, como si su experiencia necesitara entendimiento masculino para ser válida.

En algún momento, lastimosamente, descubrió que su cuerpo hablaba un idioma que ese mundo sí estaba dispuesto a escuchar. No fue una elección libre: fue una estrategia. Descifró que la belleza negocia. Que la cortesía masculina dura lo mismo que su comodidad. Que, ocupando poco espacio, podía existir en ese lugar. Muy tarde asimiló que nunca hubo un espacio real para ella. No era parte del *mundo de los hombres*; no era sujeto ni igual, era la entretenición. Nunca fue elegida: fue consumida.

Esto le hizo ver la violencia que aprendió a ejercer contra sí misma. Se exigió silencio y se corrigió antes de ser corregida. Comprendió que se había traicionado al exponerse. Pero también, que la vulnerabilidad no necesita ser arreglada, sino acompañada. Que sentirse rota no es un defecto, sino una consecuencia lógica de vivir en un sistema que rompe mujeres.

La escritura fue lo único que le devolvió a sí misma. El único lugar donde pudo ser vulnerable sin pedir disculpas. Escribiendo recuperó su voz. Ella no tiene nombre, podría ser el mío o el tuyo. Si puedes reconocerte, entonces estas palabras también te pertenecen. Desde hoy, *la mujer nunca existió*, existe. Porque fue escrita, porque fue leída, y porque nombrar esta violencia, incluso la que aprendimos a ejercer contra nosotras mismas, en un acto de conciencia y de amor propio, te despierta.